

EL TOQUE DEL FRAILE

Es una de las cosas buenas que ha perdido Alcázar y que nadie parece echar de menos, el toque a la primera misa de las cinco de la mañana en todo tiempo y que para mí iba acompañado de las pisadas de las feligresas que nunca fallaron a la primera campanada. Ahora que me levanto mucho antes no oigo nunca ni el toque ni las pisadas de mis vecinas que ya no existen.

Además de llamar a oración, el toque fue durante siglos el alerta para las familias labriegas, cuando no tenían obligaciones para horas más tempranas que siempre oían al fraile por el camino o en la faena. Como lo era asimismo el toque de las doce para salir deprisa a comer los artesanos de la Villa, sin más excepción que los escribientes y los señoritos, que comían a la una, éstos al poco de levantarse, desgraciadamente para ellos.

Marañón decía que la influencia que han tenido las órdenes religiosas en España se debía a que eran los únicos españoles que se levantaban temprano y tenían tiempo para todo. No parece que fuera descaminado, pero con la supresión del toque, que es pereza y relajación, comodidad e indisciplina, se verá pronto si tenía o no razón y si la obra se engrandece o decrece. Ahora que pueden y les place asistir a espectáculos y reuniones y se levantan cuando sus contertulios se apreciará la importancia del toque del fraile. Nadie hubiera pensado en Alcázar que le podía fallar la resonante llamada en el silencio de la madrugada. Ni ninguna de sus señales horarias que han ido caducando increíblemente.

El reloj de la Villa en su torre desvencijada era seguro y desde que lo apearon de ella no ha vuelto a funcionar con regularidad, como lo era el toque de ánimas de Gregorio, el ciego de Santa Quiteria.

Ello revela la accidentalidad de las cosas humanas. Hacían bien los labriegos antiguos ateniéndose a lo eterno, guiándose por la marcha de los astros que nunca se altera. El canto del gallo era un signo seguro de amanecer, pero ¿dónde están los gallos? También lo eran, después de cantar el gallo, los ruidos de portadas, carros y bestias, que ahora si se oye alguno es tan entrado el día que nadie repara en él.

Haría bien el Alcalde Eugenio Molina si se decidiera a instalar un reloj de sol que sujetara un poco el tiempo y perpetuara su recuerdo aparte de la fragilidad de los mecanismos.

Después del siglo de las luces hemos entrado en el de las tinieblas y caminamos a tientas, batidos por ruidos generales ensordecedores, estridentes y caóticos, mucho más medrosos que aquel silencio solemne que seguía al eco de las últimas campanadas de Gregorio.

